

El capitalismo y la crisis del amor heterosexual: a propósito de “Lejos del mundanal ruido” (Thomas Vinterberg, 2015).

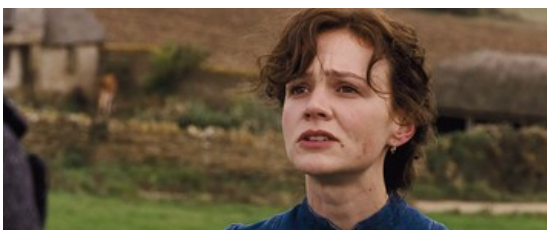
A partir de la segunda parte de mi intervención en las *III Jornadas de Cine y Psicoanálisis: el deseo*. Campus María Zambrano (Segovia), Universidad de Valladolid. 12 de marzo, 2019.

I. La película que habéis visto, cuya historia transcurre en la Inglaterra de 1870 (es decir, cuando el orden capitalista ya está bien instalado en el Reino Unido), es un relato cinematográfico que nos viene como anillo al dedo para abordar la cuestión política de la relación histórica entre el capitalismo –cuyo “espíritu” reside en la ética del trabajo promovida por la religión protestante (Max Weber)– y el feminismo.

El filme arranca con la presentación que la protagonista hace de sí misma. Se trata de una joven que se ajusta al *ideal* cultural de ‘la mujer independiente’; es decir, que se trata de una joven moderna:



voz-over: “Me he acostumbrado a estar sola. Algunos dirían, incluso, que demasiado; que soy demasiado ... independiente”.



“Soy muy independiente para usted”.

Desde el principio del filme, este ideal cultural de la ‘mujer independiente’ (cuya última versión es ‘la mujer empoderada’) se entreteje con una concepción de las relaciones amorosas heterosexuales que se basa en la oposición propietario/propiedad:

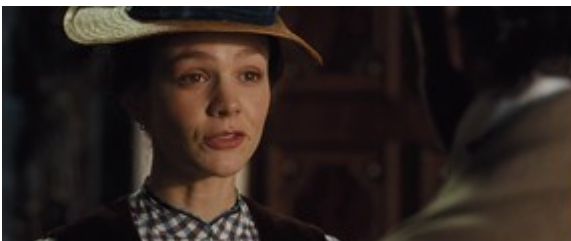


“Sr. Oak, yo no quiero un marido,
no quiero ser propiedad de ningún hombre”.

El filme se inicia poniendo en escena la relación entre los protagonistas de acuerdo con los términos económicos y de poder empresarial propios del discurso capitalista (como cuando se habla de “invertir” en la relación, de “gestionar” las emociones, de “negociar” los términos del encuentro sexual, etc.) y está claro que, en la medida en que se sobre-entiende (como si fuera de sentido común) que el hombre = el propietario/la mujer = la propiedad, este discurso es un discurso sexista¹.

Ahora bien, desde un punto de vista feminista, no es suficiente con señalar que el discurso capitalista es sexista. Este es el diagnóstico. De lo que se trata es de valorar política y éticamente las respuestas feministas dadas a este hecho.

Simplificando al máximo, se pueden dividir estas respuestas en dos bloques, de acuerdo con la oposición tradicional (a la que me he referido en la primera parte de mi intervención) entre el ‘feminismo de la igualdad’ y el ‘feminismo de la diferencia’. Ante la ecuación sexista (hombre = propietario/mujer = la propiedad), lo que se propone desde el ‘feminismo de la igualdad’ es invertir especularmente los términos, de tal guisa que: mujer = propietaria/hombre = propiedad:



“**Ya tengo** un piano y mi propia granja,
y no necesito un marido”.



“Ahora tenéis una patrona, no un patrón”.

¹ Téngase en cuenta la diferencia entre ‘tener una propiedad’ y ‘poseer’ (tener una relación carnal con otra persona).



“No consiento que ningún hombre cuestione mi conducta privada.
Le ruego que abandone la granja al final de la semana”.

Sin embargo, realizar esta inversión (especular) de los términos



no nos hace salir de la lógica del capital. Al contrario, nos adentra más en ella.



Lejos de combatir este núcleo ideológico del discurso capitalista (relaciones heterosexuales = relaciones económicas y de poder), el feminismo de la igualdad lo refuerza.

Si bien decimos que el discurso capitalista es sexista en la medida en que coloca a la mujer (propiedad) en una posición *subordinada* con respecto a la del hombre (propietario), el meollo del asunto no es éste, pues, a fin de cuentas, aquí siempre cabe la *insubordinación*. El meollo está en que esta concepción *naturalizada*² de las relaciones heterosexuales en términos económicos (propietari@/propiedad) y/o en términos de lucha de poder, nos retrotrae al mundo de “las cavernas”, es decir, a *la barbarie*, a la antítesis de la cultura.

² Barthes en *Mitologías*.

Por otro lado, esta concepción capitalista de las relaciones entre hombres y mujeres nos aleja de lo que Lacan llama “las cosas del amor”³: las cosas del amor suponen no sólo una molesta complicación (puesto que aquí un “no” a veces puede querer decir un “sí”); también una complicación innecesaria (puesto que es improductiva, cuando no contraproducente). Y, sin embargo, por establecer de cuajo el contraste, el amor heterosexual es para Freud la aportación original de las mujeres a la cultura.

[Fueron] las mujeres las que originalmente establecieron el fundamento de la cultura con las exigencias de su amor.

Freud, *El malestar en la cultura* (1929), p. 3041.

Siendo el feminismo tanto un movimiento social como una teoría crítica de la cultura y siendo el amor heterosexual “uno de los fundamentos de la cultura”⁴, el problema del amor hacia el Otro (hacia el que *no es como yo*) ha sido un objeto de análisis central dentro del feminismo de la diferencia.

II. Este es el hilo que me ha interesado retomar de este filme. ¿Qué nos dice esta película, que se localiza *lejos del mundanal ruido*, sobre el amor entre un hombre y una mujer?

Si bien al principio de la película la protagonista encarna el ideal del feminismo de la igualdad (Bathsheba empieza teniendo “una educación” y acaba teniendo un piano así como “la mejor granja de la zona”),



el discurso fílmico va en dirección contraria al discurso capitalista en tanto en cuanto su “final feliz” no coincide ni con el triunfo del *business*,

³ El discurso capitalista “rechaza las cosas del amor” (Lacan citado de memoria). Seminario 17?

⁴ Freud, *El malestar en la cultura*, p. 3040.



ni con el matrimonio entre un hombre y una mujer pertenecientes a “la misma clase social”:



Al contrario, el final feliz coincide con el triunfo del amor libre entre un hombre y una mujer que pertenecen a clases sociales diferentes.



Es leyendo desde este final feliz que se puede señalar en qué sentido el discurso fílmico es contrario al discurso capitalista y acorde con el discurso del ‘feminismo de la diferencia’.

En el escenario final, el ideal capitalista-feminista de ‘la mujer independiente’ ya ha caído, puesto que la protagonista ya ha vivido *su dependencia* de Gabriel, ya *ha necesitado* a Gabriel,



“Gabriel, no me abandones. Te necesito”.

ya se ha dado cuenta de que *sin su ayuda* no hubiera logrado jamás tener la mejor granja de la zona.



“Ahora tengo que seguir sin ti ...”.

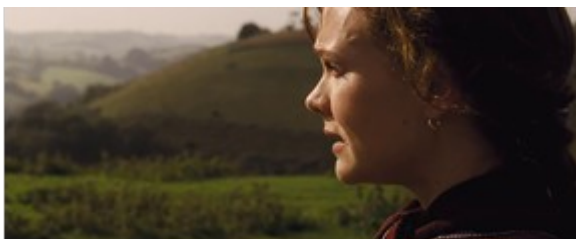
Por otro lado, al final del filme ya se ha despejado también la concepción capitalista de la relación entre los sexos (hombre = propietario/mujer = propiedad o, lo que viene a ser lo mismo: mujer = propietaria/hombre = propiedad), puesto que lo que se pone en escena en la secuencia final son dos *hechos del deseo* que entran en contradicción con el discurso capitalista:

1. siendo Bathsheba propietaria, Gabriel no forma parte del conjunto de sus “propiedades”.



“Pues, ¿no puedes irte!”.

Gabriel se va y Bathsheba no puede impedirlo, puesto que lo que *él quiere* no es ni su dinero, ni formar “una sociedad” con ella *en igualdad* de condiciones:



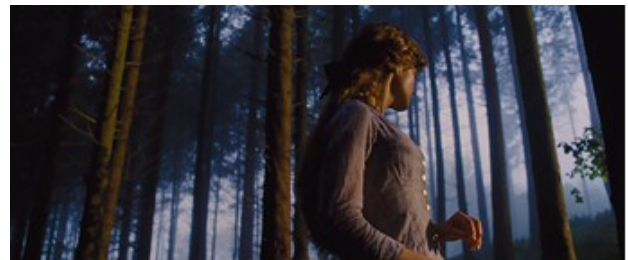
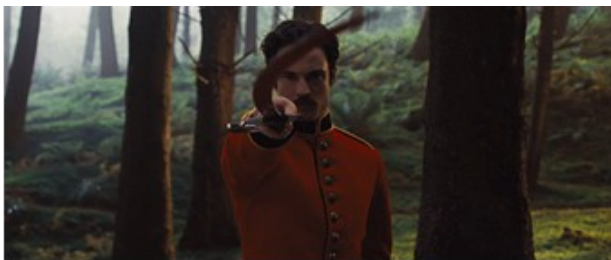
“Te pagaré lo que quieras” ...

“Entonces, ¿Por qué te vas?”.

2. al final también se nos muestra el hecho de que ser la propietaria que quería ser desde el principio



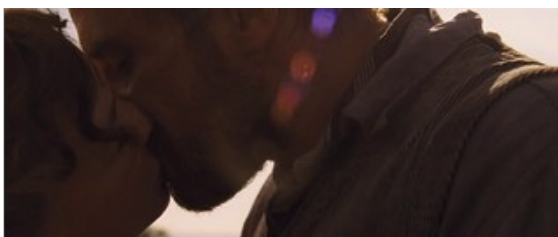
no resuelve para nada el problema de que hay *otra cosa* que Bathsheba “no tiene”,



que eso que no tiene *le he hace falta* y que, para alcanzarlo, necesita salir fuera del mundo de su ‘gran propiedad. Bathsheba sale al galope



en busca de *lo que le hace falta* y lo que le hace falta es el “incorrecto” deseo *avasallador*



de ese hombre que la amó desde la primera vez que la vio

